Teatros del Canal
Madrid

La Zentralita

12/11/2026
Asier Albertos

ANALPHABET: Alberto Cortés como un cuerpo traslúcido que llora, desea y se derrama sobre la escena

"ANALPHABET" de Alberto Cortés



Hay algo en Alberto Cortés que resulta muy difícil apartar la mirada. No entiendo bien si es su presencia, su manera de estar en escena, de ocupar ese espacio, o esa extraña capacidad para convertir un gesto aparentemente insignificante en una imagen que permanece dando vueltas en la cabeza mucho después de que termine la función.

En *Analphabet* nos encontramos con una especie de aparición. Un ente, un fantasma condenado a un llanto que parece no tener principio ni final. Una criatura queer, desobediente, política, que transita por los márgenes del deseo y que parece no terminar de distinguir dónde acaba el sexo y dónde empieza el amor. Hay en ella algo profundamente romántico, pero también algo incómodo, incluso salvaje. Los cuerpos aparecen como lugares de encuentro, de placer y de consumo; se desean, se entregan y se agotan. Y, en medio de todo, permanece esa necesidad casi desesperada de amar, o el anhelo romántico de algo que ya hace tiempo que se fue.

El texto es uno de los grandes regalos de la función. Cortés ya nos tiene acostumbrados a escribir con una libertad que se agradece, que hace que parezca fácil hacerlo, sin miedo a llevar las palabras hasta lugares poco decorosos, que chocan entre ellas y que las humanizan. Lo escatológico aparece, se retuerce y, cuando menos te lo esperas, termina convertido en poesía. Hay una delicadeza sorprendente detrás de tanta irreverencia. Como si después de atravesar algo viscoso, incómodo o incluso desagradable, quedara en la boca un pequeño rastro de dulzura. Su escritura tiene algo de ceremonia profana: juega con lo obsceno, se ríe de lo solemne y encuentra una belleza inesperada en aquello que normalmente preferimos esconder. Reivindica y escupe en la cara, pero de una manera que es de agradecer.

Pero si hay algo que sostiene y eleva la pieza es el cuerpo de Alberto. Su movimiento tiene una electricidad particular, no hay nada rutinario en su presencia física: se expande, se contrae, se retuerce y parece estar siempre a punto de desbordar los límites del escenario. Sus brazos abiertos dibujan una imagen de una fuerza extraordinaria, casi como si pretendieran abrazar el cielo entero. Por momentos, resulta inevitable pensar en la pintura romántica, en esos personajes diminutos o desmesurados frente a una naturaleza que los supera. Aquí, sin embargo, es el propio intérprete quien parece contener toda esa inmensidad.

La escena adquiere una dimensión pictórica, atravesada por un claroscuro que acompaña la aparición y desaparición de esta criatura. Hay algo de cuadro vivo en determinadas imágenes, aunque Cortés nunca permite que la belleza se quede quieta demasiado tiempo, lo suficiente para suspirar y cambiar de estado. Su cuerpo a ocupa cada rincón, crece hacia los laterales, se proyecta y transforma el espacio.

Y con la música mantiene una relación casi de enfrentamiento. No la sigue dócilmente: la provoca, la interrumpe, la desafía y termina arrinconándol

Ahí aparece Luz Prado, cuyo trabajo al violín merece una mención especial. Sus golpes musicales irrumpen con una energía que modifica el pulso de la acción, no son simples intervenciones para acompañar lo que sucede; tienen carácter propio, golpean, sacuden y, en ocasiones, parecen llevar la escena a un lugar que las palabras ya no pueden alcanzar. Este virtuosismo musical y esa fuerza interpretativa que lo acompaña son dos de los grandes aciertos de su director al colocarse en primera línea y abriendo el espectáculo.

También resulta fundamental el diseño de iluminación de Benito Jiménez. La luz trabaja sobre la atmósfera con una precisión que permite que las imágenes respiren y que el cuerpo aparezca bajo distintas dimensiones. Hay una oscuridad que no es ausencia, sino presencia de algo que permanece escondido, esperando el momento de manifestarse. Y eso es tremendamente atractivo y seductor para un espectador que no deja de buscar con la mirada, y que sin necesidad de comprenderlo todo puede estar atrapado durante hora y media.

La propuesta escenográfica sorprende precisamente or su aparente sencillez. Con muy pocos elementos consigue alterar por completo nuestra percepción del lugar. La niebla se extiende hasta alcanzar al público y la sala deja de parecer una sala de teatro. El espacio se vuelve extraño, lejano, casi irreal. En ese paisaje brumoso, Cortés flota, se pierde y vuelve a aparecer, como si su cuerpo no terminara de pertenecer a este mundo. Una imagen especialmente hermosa: la de un ser que parece estar deshaciéndose delante de nosotros sin que se puede hacer nada por él.

Al salir de la sala y encontrarme con una amiga me comenta que Alberto (a su manera de ver) es pegajoso, como si algo de todo lo que aparece en escena se quedase pegado a la piel, vuelva cada cierto tiempo a nuestra mente su voz, sus imágenes, sus pies de puntillas o sus manos cargadas de fuego. Es ver algo vivo en escena e imposible de domesticar, una bestia suave que acerca el lomo para obtener caricias y con un giro brusco se esconde entre la maleza. ¿Esto ha ocurrido realmente? ¿O es solo un anhelo egoísta de haberlo vivido?

Analphabet no es una obra que necesite ordenar sus ideas para que el espectador pueda sentirse cómodo. Prefiere dejar que las imágenes, el texto y los cuerpos se mezclen, incluso que se contradigan y que cada uno haga lo que pueda con ello.

Hay mucho amor en esta pieza, aunque no siempre se presente de una manera amable. Hay deseo, suciedad, humor, heridas y una profunda reivindicación de aquello que se sale de la norma. Cortés parece recordarnos que también hay romanticismo en lo excesivo, en lo grotesco, en los cuerpos que no se disculpan por ser lo que son.

Y él es de los pocos con el superpoder de convertir en romántico o erótico algo tan escatologico o grotesco como algunos de los temas de la obra.

Y quizá esa sea la imagen que más me llevo: dos brazos abiertos, un cuerpo enorme frente a la niebla y un llanto que continúa. Como si todavía quedara muchísimo cielo por recibir.

Felicidades Alberto, qué gusto verte siempre!